

# Poemas reunidos

Luis Benítez

Buenos Aires, Argentina, 2005.

**B**iblioteca de *La Sombra*, 3

© Del texto: Luis Benítez.

© Del prólogo: Elizabeth Auster.

Edición: *La sombra del membrillo*  
*www.lasombradelmembrillo.com*  
*C/Arquitectos, 39, 28903*  
*Getafe (España)*

## ÍNDICE

<b>A</b> puntes sobre la poesía de Luis Benítez	página 5
<b>A</b> modo de introducción a mi poesía	página 9
<b>Poemas reunidos</b>	página 11
Las cajas chinas	
Instantes	
Violado el día, hundido en otro	
Esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos	
La nadadora	
Ella de mi imaginación	



## APUNTES SOBRE LA POESÍA DE LUIS BENÍTEZ

El poeta Luis Benítez nació en Buenos Aires el 10 de noviembre de 1956. Su obra corresponde a la llamada generación argentina de 1980, caracterizada por la diversidad de elementos poéticos y extrapoéticos que intervienen en sus obras. Esta generación se propuso, por una parte, abolir las influencias inmediatas de autores como Pablo Neruda, César Vallejo y otros, características de la generación anterior, para abrirse a un amplio campo de posibilidades, que incluye los aportes de la poesía anglosajona. Las búsquedas extrapoéticas de esta generación se aprecian en las referencias a sistemas de ideas provenientes de lo filosófico, lo político, inclusive lo histórico.

Una referencia temprana a esta diversidad en la que se inserta generacionalmente Benítez se encuentra en el artículo *La poesía argentina de hoy*. Editado por una publicación de la Université de París en 1988 (1), el artículo es el primero, hasta donde se tenga noticia, que encaró el estudio de la generación de 1980 argentina, dividiéndola en distintas tendencias. Según el criterio de los articulistas, Benítez integra la corriente definida como metafísica.

La poesía de Benítez abarca, hasta hoy, siete poemarios, desde *Poemas de la tierra y la memoria*, publicado en Buenos Aires por la editorial Stephen and Bloom, en 1980, hasta la última entrega del autor, *La yegua de la noche*, editada en Santiago de Chile por Ediciones del Castillo, en 2001. En medio de los citados, la obra de Benítez reúne los siguientes títulos: *Mitologías/ La balada de la Mujer Perdida* (Ed. Ultimo Reino, Bs. As., 1983), *Behering y otros poemas* (1ra. ed., Ed. Filofalsía, Bs. As., 1985; 2da. Ed. Cuadernos del Zopilote, México D.F., 1993); *Guerras, Epitafios y Conversaciones* (Ed. Satura, Bs. As., 1989), *Fractal* (Ed. Correo Latino, Bs. As., 1992), *El Pasado y las Vísperas* (Ed. de la Universidad de los Andes, Venezuela, 1995). En 1996 se editó en los Estados Unidos *Selected Poems*, una breve antología que recoge,

en versión al inglés, elegida y traducida por Verónica Miranda, una selección de los textos publicados hasta entonces.

Señalaré aquí los aspectos sobresalientes de la poética de Benítez, que fueron ya estudiados en los trabajos críticos dedicados a su obra (2, 3, 4, 5).

En el volumen inicial de la obra de Luis Benítez, *Poemas de la tierra y la memoria*, se advierten los gérmenes de los tópicos que desarrollaría en títulos posteriores. La muerte, la vida impredecible, el amor, la sensación de la historia como un cruce permanente sólo a veces advertido por el individuo como el meollo mismo de su existencia y en otras ocasiones difuminado entre fantasmas de la misma representación, se aprecian en este primer volumen, marcadamente influido por el poeta galés Dylan Thomas, como el mismo Benítez admite en el tomo II de las *Conversaciones* (3). Sin embargo, Benítez todavía está distante del manejo de recursos estilísticos que mostrará en trabajos posteriores, donde se hará más evidente el empleo de una continua elusión, como el mejor camino para lograr un efecto de alusión fantasmática, donde le queda al lector el trabajo de completar una "línea insinuada por puntos conceptuales", que dibujará la imagen final de lo referido por el poema. Benítez recurrirá constantemente a la elusión para llegar al imaginario del lector. Sin embargo, no es la suya una poesía hermética, que deje afuera a quien la lee ni le obligue a estar dotado de unos conocimientos previos especializados, para acceder finalmente a las claves de su poesía.

Aunque las referencias culturales están bien marcadas, particularmente a partir del segundo volumen de poesía, *Mitologías/La Balada de la Mujer Perdida*, el vehículo preferido por el autor es el sentimiento, la emoción subrayada y abierta a la interpretación personal, por parte del lector, de lo inscripto en su poesía. Esta guía continua a través de la sensibilidad es otra constante de la poesía del autor: poesía para ser sentida, que tiende a tocar las zonas sensibles del lector, antes que abordada desde las ideas puras o la referencia cultural.

La poesía de Benítez incluye a quien lo lee como una suerte de coautor de los poemas. No demarca un territorio: establece un rumbo probable para la lectura, que el lector completará de acuerdo a su sensibilidad; una polisemia, algo que abre el juego a las distintas voces posibles, en vez de cerrarlo en una sola. Este juego

verbal, que parece tan complejo y que Benítez resuelve tan fácilmente -aunque se percibe en su obra un paulatino aprendizaje, principalmente desde *Behering y otros poemas* en adelante- conduce a una falta progresiva del sujeto narrante, ya que el poeta se despoja en la madurez inicial de su obra, a partir de *Fractal*, de 1992, aun de la voz conducente de lo aparentemente referido por sus textos: a partir de *Fractal*, el poeta parece lograr una suerte de “invisibilidad autoral”: el texto se ocupa del “guión” de la lectura, mientras el lector, cómplice de la ilusión creada por Benítez, se convierte en autor de los textos.

Esta tendencia del autor a una despersonalización, en favor del libre juego del lector dentro de su obra, es más clara en las obras posteriores, más formalmente en las inéditas, donde se acrecienta, como si se tratara de unas corriente estilística predominante en el futuro poético de Luis Benítez.

Un *quién sabe* que no deja de tentar a quienes leemos sus obras.

**Elizabeth Auster,**

*Buenos Aires, octubre de 2005*

## NOTAS

(1) *Revista Río de la Plata*, firmado por Abel Robino y Bernardo Schiavetta, Ed. del Centro de Estudios de Literaturas y Civilizaciones del Río de la Plata (CELCIRF), Université de Paris, Francia, 1988.

(2) *Sobre las poesías de Luis Benítez*, de Carlos Elliff (ensayo, Ed. Metáfora, Bs. As., 1991).

(3) *Conversaciones con el poeta Luis Benítez*, de Alejandro Elissagaray y Pamela Nader (Tomo I, Ed. Nueva Generación, Bs. As., 1995).

(4) *Conversaciones con el poeta Luis Benítez*, de Alejandro Elissagaray (Tomo II, Ed. Nueva Generación, Bs. As., 1997).

(5) *Antología* (selección y ensayo preliminar de Alejandro Elissagaray, Ed. Nueva Generación, Bs. As. 2001).





## **A MODO DE INTRODUCCIÓN A MI POESÍA**

Creo que la poesía es el fracaso del lenguaje, porque su cometido principal es llevarlo al límite mismo de su capacidad de expresión, refiriéndose, paradójicamente, a territorios que están más allá de lo que puede nombrar.

Le queda al lenguaje (así forzado a ir más allá de sí mismo), entonces, su reducida posibilidad de aludir o mejor, de eludir para así aludir, siendo entonces esa capacidad de alusión, incorporada por la poesía al lenguaje -esa violación que perpetra ella- el terreno verdadero del poema. Sólo allí, en esa virtualidad, puede aparecer por un momento el fantasma de lo aludido, del cual el poema sería apenas una huella, un rastro, una marca, una señal a veces, generalmente apenas un signo poderoso.

Como todas las eficientes llamadas de atención a la sensibilidad de otro, tiene la fortuna ésta de poder ser abundantemente tergiversada, reinterpretada: creo que ésa es la potencial riqueza de un poema auténtico, su capacidad de generar abundante polisemia. Creo que todo poema debe ser, para ser tal, un poema-río: un padre de otros poemas, un engendrador que desata en la sensibilidad del lector -poeta o no, eso al poema no le importa ni mucho ni pocos disfraces y las máscaras de sí mismo, todos a la vez, en el más feliz de los casos. Y creo que siempre el más feliz de los casos es el blanco certero de la poesía, que clava en él su flecha porque quiere siempre y porque puede a veces.

**Luis Benítez**



# **POEMAS REUNIDOS**



## LAS CAJAS CHINAS

Siempre detrás de los descensos  
con su amigo el minuto amarillento,  
el sabor de todo lo ido vuelve a inducir  
nuestra aspiración vocal, nuestra manera  
despojada de vida, allí donde nos vemos

todavía cálidos. Vana solidez donde fundar,  
funda el ser y aferra lo que ha sido.

No me he sentido nunca.  
Apenas, en la plenitud de un vidrio  
o una pupila -reflejo yo mismo de lo reflejado-  
vi a un hombre en su monótono diálogo  
asegurarse de otras imágenes  
que reducían al rótulo de lo cierto  
la certeza palpable de su alrededor.

Una miga de pan era más trascendente  
y el temblor de una gota de agua  
antes de su suicidio desde un techo  
eran mayores que el canto de los órganos,  
el fluir secreto de la sangre, la cerrada

nebulosidad de la cabeza,  
la paupérrima certeza de la propia sombra.

Somos esa inconsistencia donde vacuo  
y falso es todo, hasta la médula misma  
de nuestro intenso deseo de durar.

Pero fuera todo persiste:  
lejos de nuestros bordes.  
La memoria es todavía más tenue,  
porque sólo refleja imágenes,  
aguas del presente que acarrear  
apenas aguas del pasado.  
Infieles aguas, en su onda estancadas.

Estamos todos solos en el centro de la tierra  
que ni siquiera, sabemos, se está quieta algún rato.  
Rueda y su rueca hilvana en sus manos de vieja  
los ovillos del año. Han bajado millones de ovillos  
hasta el regazo de la vieja.  
Desde el primer estupor del simio  
hasta el despertar de Newton  
-una sección de trama, su tamaño apenas  
el minúsculo dibujo de un tejido-

en lo negro del bolsillo se apelonan  
los días más importantes: esos menudos y propios.

Injusta criatura dotada de acuerdos y de teologías,  
idéntica a sus sueños, que se consume o espera,  
y que aparece o desaparece del tiempo mortecino.

Por todas partes corren ríos turbulentos  
pero ella no los contempla.

La fascina el zumbido de su límite  
(cuando alcanza a verlo)  
o los residuos que lleva consigo  
desde que salió del mar, infinitamente irritada  
por tener que seguir perfeccionando el camino de los peces.

¿Pero esa más trascendente insensatez,  
eso que está en todas partes, de la que  
quizá no seamos otra cosa que un reflejo,  
como el pedazo de un espejo a la orilla  
de un paisaje refleja lo que puede,  
con su único ojo diminuto?

Sí, era su forma de estar, la de eso disperso,  
donde se configuraba la abrumadura derrota  
de todo lo reunido en mí.

Y detrás de las paredes, más allá de los campos,  
fuera de la mensura de cualquier distancia,  
se imponía la inmensa sonrisa de esa cosa multiplicada  
en sus seres y sus inanimaciones: más aún,  
se imponía sin sus frágiles, efímeras identidades.  
Vuelto evidente en sus formas y colores,  
sus volúmenes y fondos, se levantaba más y más ante mí,  
que apenas alcanzaba el solitario nicho de lo condensado  
en dos brazos, dos piernas y dos manos,  
y me derrotaba riendo su victorioso reino  
de lo siempre sin número:  
era el caracol y la hierba curvada bajo el peso  
de esa cáscara viva y era la tierra  
y los granos de la tierra  
y el subsuelo infinito.

También era en el aire.  
En su plenitud de moléculas que iban y venían,  
incluso lo respiraba yo y me constituía,  
y la mente saltaba y se fragmentaba  
hundiéndose en el caos de mirar hacia arriba  
y verlo más allá de las esferas, siempre él,  
siempre atravesándolo la imaginación que lo ve.  
viajando en el vacío colmado de su presencia.



Nunca fue un dios: los refinamientos de la superstición  
y aún ella pura, en su urdimbre más torpe,  
no alcanza a rodearlo, siquiera a inferir  
lo que una hormiga ignora asomada a una mesa,  
si la estancia donde está la mesa  
y aun *todo lo exterior a la estancia*  
pudieran representarlo.

Y tenía que ser yo quien repitiera la intuición,  
en mi reducida vida efímera quien volviera a la pregunta,  
el brillo del motivo, el levantar la trama para ver el otro lado,  
yo que soy menos que el sonido de esa pobre palabra  
que en dos letras indefensas me separa de él,  
quien adivinara la muesca en la mesa tendida  
de un tiempo más grande, en un sitio más grande,  
que a su vez tiene el equivalente de esto donde escribo los versos,  
en un otro mayor. Alguna vez vi un rayo de sol  
entrando en la oscura habitación, reflejado  
innúmeras veces en una manga de polvo  
que llegaba hasta el piso:  
cada mota de polvo era metáfora de un mundo  
creado y destruido una vez fuera de la faja de luz.

## INSTANTES

### I

Para que nadie lo recordara y la nada sobrepasara la noche  
yo me tapaba los oídos y me sellaba los párpados  
y me encerraba en la flor de papel blanco y negro:  
la memoria emperrada en su sangre difunta  
volvía una y otra vez del desaguar a la fuente.  
Ya que no busco ahora encuentro el corazón del secreto:  
la bruma entera es el centro y su perímetro el núcleo.  
Entero me mantiene lo que antes hacía que temblara.

### II

Estuve a un paso de ser la esencia  
si no su complicidad  
al menos el piso de su noche  
erguido como una cobra  
pero siempre la ausencia está conmigo  
allí donde nos espera algo muerto y deshecho.  
Yo puse el corazón de luto  
pese al campo arbolado.  
Di un paso en el espejo

y mi trofeo fueron fuentes de palabras escritas:  
me excedo en ese otro  
en ése que se piensa  
y que en su atroz mañana  
apenas oye voces ladridos casi humanos.  
El futuro es el futuro de la hidra  
la misma hidra informe que está hecha  
de cabezas y llamas como el día de mañana  
con breves eternidades que aprenden a vivir  
y pasadas eternidades que hacen de nosotros  
los hijos del instinto  
las ráfagas de los verbos  
la música secreta que huye  
hecha de de valentía y de suicidio.  
Allí donde exactamente  
alguien todavía espera ver su cara ardiendo en la ventana  
otro comedido le dice que su todo fue lo que ha partido.

### III

un día es el tiempo que le demora a las horas encontrarse  
en esa casa de cuadrantes antiguos  
de repetidos fetiches que nunca entenderemos  
una casa embrujada que descubrimos solitarios

mientras los gallos cercan el crepúsculo  
donde tenemos parte. Si los pasos de la noche  
decoran sus cortinados incendiados no lloremos  
el destierro que emerge del calor de otra luz  
pues las maliciosas habitaciones conocen desde antes  
la fuga del deseo de sus camas ardientes  
y se saben de memoria que violamos en sus sótanos  
esos mismos demonios que juramos matar. Hay un secreto  
en las paredes mordidas hay un duelo que es nuestro  
en la mofa callada del jardín destrozado y en su mueca  
de cráter la veleta que grita sobre el techo-fantasma  
nos recuerda otro nombre que juramos no ser.

#### IV

Mientras todo se convierte en la nada brillante  
las cosas nadan solas en su paraíso de olores  
de tactos y de sonidos  
por corredores van del desatino a la avenida  
donde de pronto son plenas.  
No alcanza a distinguir las antes el pobre faro de nada:  
esa piedra vertical y boba que es cuanto nos precede  
tiene un solo ojo ciego  
el mismo que por décadas creyó guiar las naves

por los amplios canales extravía su casa.  
Una hoguera que tiene muy pocas cosas que llorar  
le perfora la frente y por su otro lado  
lo traslada a otra niebla  
que se pierde como un viajero ilustre  
como un alguien guardado.  
Apenas distancia y huesos  
contiene en su cementerio el mar.

## V

Tan sólo como un destello que huye  
el exilio, la soledad y la serenidad  
se unieron para intentar la paz  
sellados por sus bordes  
y supe que el rostro de ellos  
el fuego de la saciedad apenas aunará.  
El peso del deseo escribe a direcciones  
más simples todavía que el verano  
y mi imaginación del suceso piensa en su familia:  
la arena que simboliza la eternidad de la muerte  
una figura arrancada del eterno colmo  
que la engendra.

## VI

Existen momentos en que la palabra  
no está en ninguna parte.  
Pero todos sabemos con cuanta desesperación  
trata de aferrar su hilacha de vida  
como una cara repentinamente aparecida en la nieve  
por ese camino abandonado y agrio esperábamos antes  
con la misma obstinación que su carne acostaran  
los días más amargos las penúltimas guías.

Vamos por las calles como un pájaro roto  
entre las avenidas de sus últimas vidas  
luchando con las horas como si fueran días  
justificamos el hecho de que es mejor dormir tranquilos  
que morder el metal de ese último exvoto:

haber sido lacre del sepulcro de un cuerpo  
por la propia voluntad de su alma ensobrada  
y ahora que el amor se ha vestido de hojaldre  
el dolor viene  
el dolor en la sombra  
de otro cuerpo que habla.

## VII

Las manos próximas a los usos del corazón,  
cercanas a cuanto escribo ideando  
después de haberme ido del peso de esa tierra  
donde brota la luz  
trasgredido el apoyo de ese instante  
en que se anima a caminar lo que parte el vacío  
en el andén donde el ferrocarril de lo imaginario  
llega a la estación de los seres reales  
de las calles reales de las muertes reales  
de las vejaciones reales  
de las reales zancadillas a las esperanzas reales y lejos  
sin embargo de las reales ansias de las saciedades reales  
de las reales vías del Esplendor Real.

**VIOLADO EL DIA, HUNDIDO EN OTRO****I**

Cuando el niño, en la duermevela de su edad, yo era,  
un corazón de roble repiqueteaba como un tren  
en el camino de hierro de las horas; ardía feroz  
como la leña y el marinero invisible que habitaba  
las esquinas de mi cuarto me guiñaba los ojos.  
De verde, no de rojo óxido me corría la sangre en las arterias  
y en el trueno del minuto sonreía sin náuseas.  
Era la estatura y el signo y el instante y el norte,  
un sur de furia en el trozo de tierra que estrujaba mi mano:  
yo vi mi ardiente corazón lanzarse del reloj  
de la casa al centro de mi camisa cada vez  
que cruzaba una puerta y en las maneras del aire  
ondear la sonrisa y el tizne de mis horas.  
Fui incabable como el girar de un archivo  
que encerrara todos los pasos de antaño:  
el mismo y uno se repartían mi sombra  
y no tenía término en mí nada ni nadie,  
sino que continuaba a través de mí,  
caudal-desastre de su dibujo inconcluso.  
Sumiso al viento que declamaban las cosas



iba dormido y despierto en un toro desnudo  
y me vestía la rabia de todo lo diminuto  
y me arrancaba la ropa impreciso lo inmenso.  
En un girar de asnos que empujaban la noche  
cada noche tenía para mí mediodía  
y veía en un punto que insólito aparecía  
el reclamo en su centro: comúnmente el crepúsculo.  
¿Quién, en el milagro, se pregunta sus límites?  
Yo fui tan cierto como la ignorancia del miedo  
y en mí brotaba ardiendo la certeza en su lava.

## II

De lo que existe riente más allá de donde  
no llegará jamás el esplendor de una metáfora  
estaba hecho cada segundo mío y mi caída,  
en la gloria del signo que persigue a Orión en las alturas  
fue la ambición (ya pimpollo de la mente,  
brote de la maldición del despertar del ciego  
en la carne del vidente; desgracia de tocar  
lo vivo que por ello ya está muerto,  
en la benefactora, protectora oscuridad, y encender la lámpara  
que arranca las cuencas para siempre, un impulso,  
tan ciego como el atrás y de la misma fuerza hecho)  
fue el deseo armado del anzuelo del día,

una promesa falsa sospechada en el gris de la carne  
y el anticipo de su ocaso en un pozo.  
Riente el fantasma esfumó el garfio de su mano  
y mostró el blanco de cuanto insospechadamente,  
sin saberlo yo amaba,  
para decir en todas las lenguas el veneno del siglo,  
y besar en un nombre la fornida propuesta:  
“a ti debida está y de forma parecida, condensada  
en un nombre mil veces la manera de tus horas sin precio:  
yo puedo encender para ti aun más rojas las horas  
y en el solo esplendor de un minuto, si me sigues,  
verás palidecer cuanto fuiste hasta ahora”.

Que mi infancia y la infancia de lo que nombra mi mente  
se arrugue como un verso en el fuego y muéstrame,  
fantasma, ese otro seguro cuya sombra ya bebe  
la tierra entera en su mar. Quiero ser el viajero  
que en la ruta de sangre comprendió que está solo  
y tirita en sus vueltas despojado de todo. Que ya, espectro  
del porvenir, no me alcancen los minutos de oro  
en mi inocencia salvaje, que no sean mías de nuevo  
ni la redonda noche ni el poblado día; insatisfecho  
de esta antes perfecta simetría me devore el deseo  
de ser tan incompleto como el mapa de un mundo  
para siempre rasgado. Renuncio a mi unidad,

a la perfecta materia de mis huesos en la carne ensamblados,  
que ya no baste mi sombra para hundir la cabeza en el polvo  
ignorante y contento. Que no conozca más sosiego sin lo otro.  
Que no pueda contemplar lo entero sin su réplica.  
Renuncio, renuncio pero dame algo igual a la fuerza que dejo.  
“Antes de ver el hierro en mi mano  
serás una y mil veces todos los hombres,  
forzado en mi garfio gritarás de terror  
y la bolsa del porqué será tu ahogo  
y la esponja en tu costado de la misma  
materia del signo que sofoca tu aliento.  
Tú que abandonas ligero la segura manera  
que de todos modos no puede ir más allá  
en su elemento,  
eliges la desenfrenada furia del amor,  
porque ya sabes que nada hay ni igual habrá  
al cielo, al abismo que abandonas. No es elección  
torcer así las horas, sino la amarga gana  
de continuar en la sangre y el nervio  
la furia que se aleja”.  
Entonces dije: fantasma, sé mi otredad.  
Y el fantasma sumiso se fundió en mi costado.

**ESA, LA QUE ME SIENTA A LA MESA DE MIS ENEMIGOS**

Esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos,  
en su mundo donde la esfera se mezcla con el triángulo,  
donde nadie es quien es sino que comparte naturalezas,  
es dedo de otra mano o cabello de otro,  
esa sería inentendible o ruin o sería  
quizá reputada monstruo entre las gentes  
que con el índice tembloroso señalan cuanto tiene  
diferencias con su espejo.

Esa me sienta a la mesa de mis enemigos  
y en un coro de perros mi nombre es otro,  
yo no me reconozco en ese sonido de sus gargantas de hueso.

Esa no es que no entiende, es que ella misma es doble  
y de se condición de animal duplicado que cae  
interminablemente en su cabeza del útero a donde respiramos  
quienes la conocemos, viene su ojo que no es que no ve  
el límite, sino que ve la mano que entra en la mesa,  
el pie que se sume en el suelo, la indiferenciación  
de los días y las noches. Su ojo izquierdo es también el derecho.

Cuando pienso en lo que hará con la duplicación de mis fantasmas,  
cuando naturalmente sea para ella igual lo dicho y lo no hecho,  
y justificada sea la aberrante aventura en nombre de otra Biblia,

cuando el horror de la memoria desenrolle  
su lengua de fuego en la página de las sienas  
y la marea devuelva muertos que saludarán mansamente,  
muertos que servirán la ensalada en la mesa de mis enemigos,  
zombies perdidos dentro de la película de su misma adorada  
idiotez,  
el film que los salva de ver que son  
colores proyectados en lo blanco de un muro,  
cuando esa suma de rostros aparezca en la ventana  
pidiéndole a los vivos la clave para entrar,  
oh vida, que yo no sea la venganza de llamar a los míos,  
y que sobre todo la perra entre las perras no redima sus huesos,  
que de nadie la sangre vuelva a circular por los vasos perdidos,  
que nadie se levante, oh vida, de ese campo nocturno que no te  
pertenece  
y que se difumine la realidad y en un pliegue del aire viva yo  
lejos del horror de una hora que por dos veces fue maldita.  
Porque inmune a la palabra mil veces repetida  
y a los actos feroces esa,  
la que me sienta a la mesa de mis enemigos,  
ya no sabrá, si yo la siento a mis propias mesas de esqueletos,  
dónde está la tierra y dónde empieza el aire,  
qué divide lo castaño del horizonte de lo azul del horizonte  
y su alma diferente volará lejos de sí misma

y yo me quedaré solo en esa casa donde bramaron caballos  
ante la mesa tendida y entre las penumbras de los cuartos  
y ella se irá con los muertos, todavía una gota de luz  
entre las sombras podridas de esos infelices,  
que veré por la puerta entreabierta alejarse cantando  
himnos a los demonios interiores, baladas a nuestra señora de la  
histeria,  
oratorios dedicados al interior niño horroroso,  
al engendro de ojos rojos y colmillos de perro,  
que asistirá encantado a una nueva victoria.  
Y si esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos,  
guarda bajo llave en una de sus cajas ojos de difunto,  
caras arrancadas a la carne y depositadas unas sobre otras  
(porque son la misma) en el fondo de terciopelo agusanado,  
dame oh vida fuerzas para resistir la tentación del hacha  
que paciente espera por mí en un rincón de mi alma,  
segura de sí misma y de su filo. Que yo no sea  
el que grita mientras su mundo se consume en llamas,  
pero tampoco, oh vida, la réplica de uno de esos asustados  
que, temblando por no perder la ilusión que se proyecta  
cada día en todas las paredes de la casa, asiente y figura  
contando con sus dedos sus razones torcidas,  
que lo correcto es la sarna de las horas,  
que más vale un puñado de plumas que el ángel entero

o que se puede encubrir con diez números las galas del funeral.  
Que no sea el borracho cubierto de excrementos  
que pasea por el páramo explicaciones idiotas  
mientras masturba con paciencia de loco  
la explicación increíble, la excusa radiante,  
la basura escudada en la horripilante comodidad  
de una carta, trágica, que le fue favorable. Que ese naipe que cae  
ante la menor débil brisa sepa del suelo donde se pudre  
todo, donde todo encuentra finalmente su tibia sepultura.  
Esa, la que me sienta a la mesa de mis enemigos,  
merece en su inconciencia la otra furia del valor,  
la cara verdadera, la astuta magia, el delicado ademán  
que la aparte del almuerzo servido sobre un mármol de lápida.  
Y si insistes, oh vida, en mostrarme tu semblante más agrio,  
que no se aparte de mí la fuerza, esa fuerza  
tan inentendible para los demás como lo es  
quien ella es, la que me sienta a la mesa de mis enemigos.  
Oh vida, dame la chance de tu casino inundado de sol.

## LA NADADORA

la mujer que amo  
desnuda en el agua  
parece vestida  
y es como una larva  
la bella forajida  
se le escapa al mundo  
la mujer que amo  
desnuda en el agua  
va como un palito  
cuál es la corriente  
que la lleva dentro  
cuando sale nadando  
de su alma sola  
la mujer que amo  
desnuda en el agua  
como en la deriva  
de su pensamiento  
no hace caso nunca  
de lo que le escribo  
otra pluma grande  
le diluye el nombre



la mujer que amo  
desnuda en el agua  
en sí se sumerge  
sin remordimientos  
y allí abajo  
es de fuego y de sangre  
y de ahogo y de burbujas de agua  
mientras se hunde entera  
en sí misma siempre  
ya no hay qué la agite  
como cuando andaba  
complicando la Tierra  
bracea en el olvido  
son sus muslos fuertes  
splash desesperado  
lo que mastica mi boca  
abierta tapa del fondo  
y hay en su mirada  
un mirar ausente  
la mujer que amo  
desnuda en el agua  
se ha desvanecido  
sola entra a su alma  
se abraza a sí misma  
y no tiene centro.

## ELLA DE MI IMAGINACION

mi mirada mirada en tu mirada  
era devuelta mar vuelta palabra

tú eras astarté por esas horas  
y te veía la gracia que no ves  
por la belleza genuina que tenías  
y la segunda que tú tienes y no es

tú fuiste en mi cielo el que olvidaste  
como las muy cantadas de las fábulas pasadas  
quedaron / olvidaron / bien paradas  
nada de nada en la nada confinaron

lágrimas / no harán tu trono  
olvido / no va en tu auxilio  
cenizas / no estás ni en parte

lejos alguien que cose  
piensa estas cosas / anuda y calla /  
bosteza / olvida / duerme

pero en la frente la luna  
que yo vi lleva invertida

Este libro se publicó por primera vez  
el 2 de noviembre de 2005.

Biblioteca de *La Sombra*.  
*La Sombra del Membrillo*. 2005.  
[www.lasombradelmembrillo.com](http://www.lasombradelmembrillo.com)